



PRÓLOGO



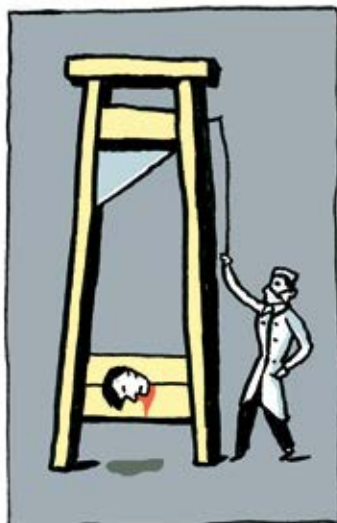
Me rindo.

¡Ay, Mr. Sandman, nuestro aprensivo paciente...! ¿Ya se ha decidido...?



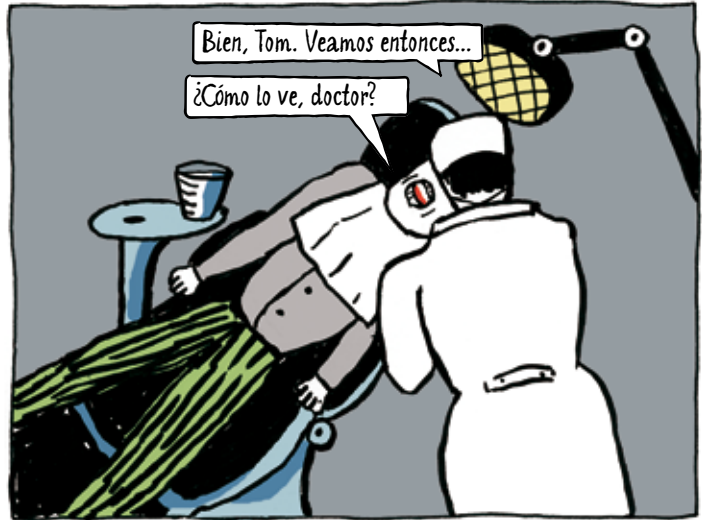
Se le ve muy pálido.

Noëlle, por favor, dele agua a Mr. Sandman.



Por favor, Mr. Sandman, no se agobie tanto. El Dr. Krasszic es muy delicado con sus pacientes.

Lo sé, lo sé. Por eso estoy aquí.



Sinceramente, Tom, no es precisamente un escaparate de la Quinta Avenida. Mas bien parece un desguace.



Y, justo entonces, me acordé de aquella noche en un hospital de Berlín Este, cuando me colocaron lo que el Dr. Krasszic iba a extraerme ahora. Era el 9 de noviembre de 1989, la noche en que cayó el Muro...



Así que toda esta improvisación germano-oriental ha evitado que vinieras a verme... ¡Asombroso!



¿Tienes que sacarla ahvura?



Debo hacerlo, Tom. ¡Pero no temas! Ya sabes que el Dr. Krasszic detesta el dolor.

Y así, tras la intervención de mi dentista, salió de mi vida el último vestigio existente de la RDA.



Mi matrimonio con Ingrid no había durado tanto.



La traición no solo había destruido a la familia Bärwolf, sino también nuestro matrimonio.



¿Tenía Ingrid razón y sin mí las cosas nunca hubieran llegado tan lejos? No lo sé. La verdad dolía, pero ¿teníamos que seguir ignorándola?

La historia que hoy finalizaba en la silla del Dr. Krasszic en Nueva York había comenzado en la primavera de 1989, no lejos de allí.





TANK MAN
(EL HOMBRE DEL TANQUE)

Nueva York. Primavera de 1989



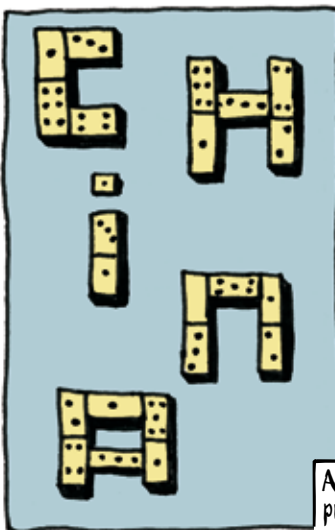
Yo entonces trabajaba para un gran periódico neoyorkino.



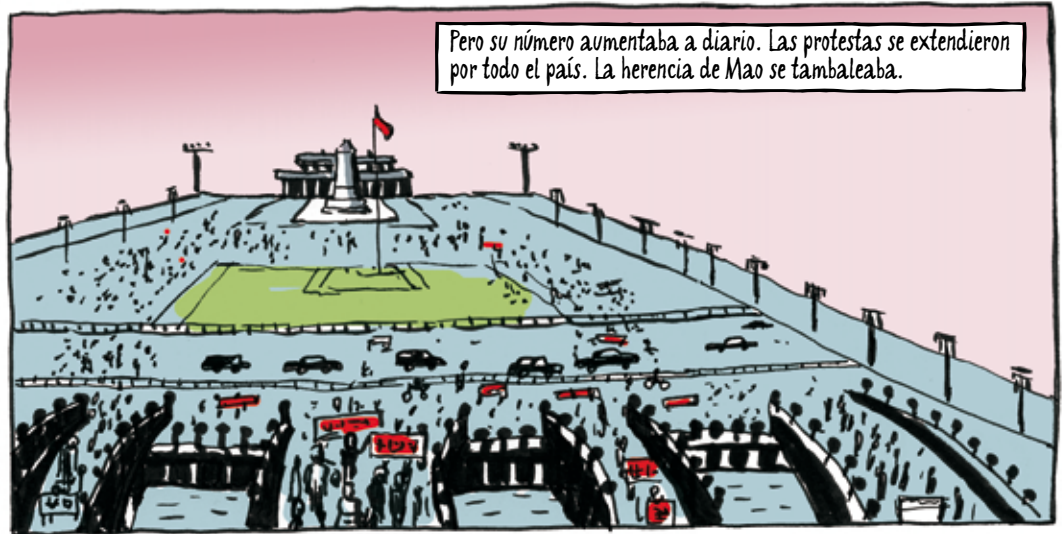
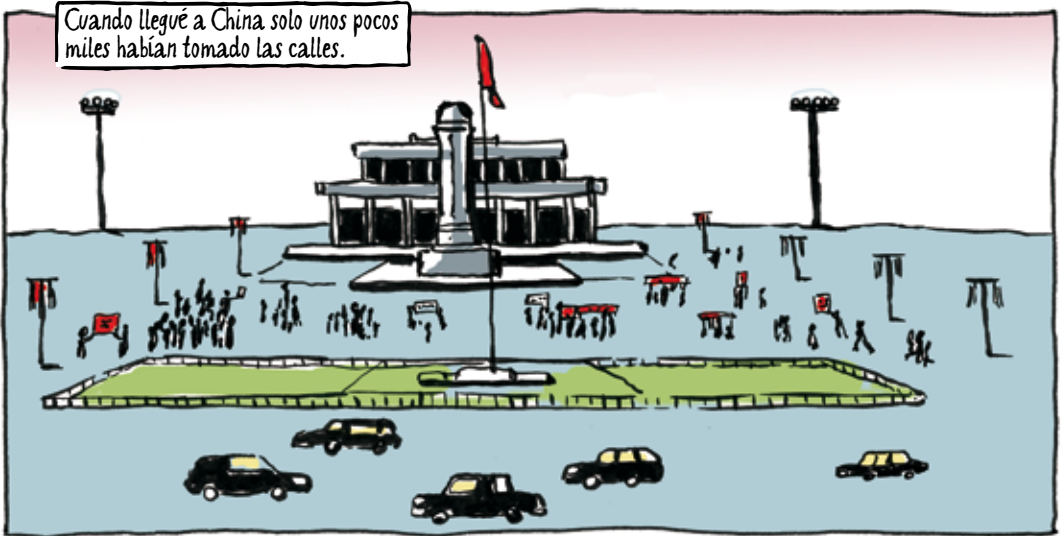
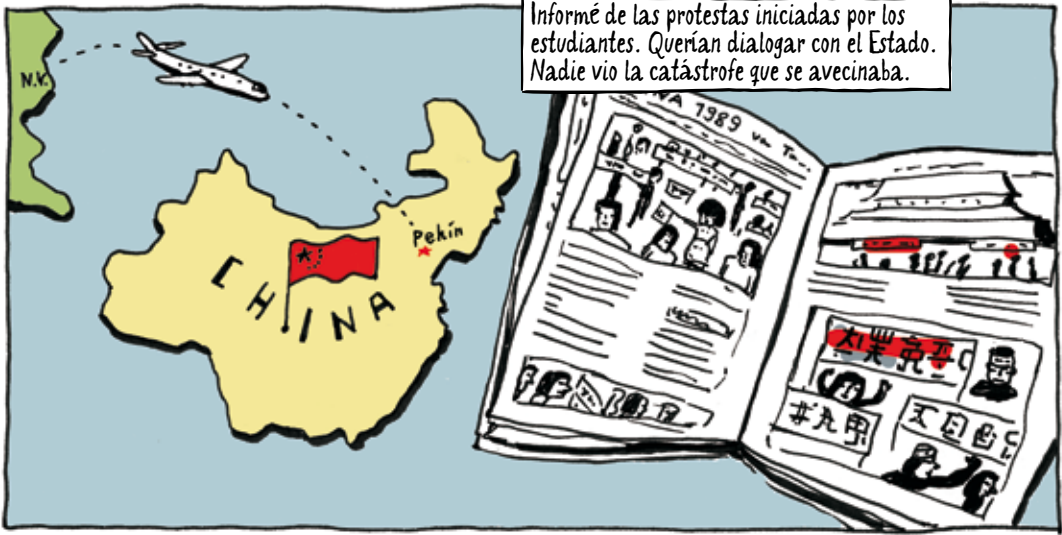
Estaba al mando de todo un ejército de corresponsales, que informaban desde los países comunistas.



Mi jefe, Raymond Burnes, era un anticomunista convencido, que, desde mediados de los ochenta, esperaba con ansiedad la caída del Telón de Acero.



A mí me mandó a China. Burnes estaba seguro de que el Imperio del Centro sería la primera pieza del dominó en caer en el proceso de extinción global del comunismo.



Poco después, MÁS DE UN MILLÓN de personas se concentraban en la plaza de Tiananmen de Pekín.



Observé la determinación con la que se enfrentaban a los símbolos del dominio comunista. Al poco, la situación empeoró rápidamente, hasta el punto crítico en que al régimen le quedaron solo dos posibilidades: ireforma o represión!

El Partido Comunista se decidió por lo mismo de siempre: enseñar las garras al pueblo.







El Gobierno se había mostrado impasible. Pero ocurrió algo que hizo que, a nuestros ojos, su presunta victoria se convirtiera en derrota.

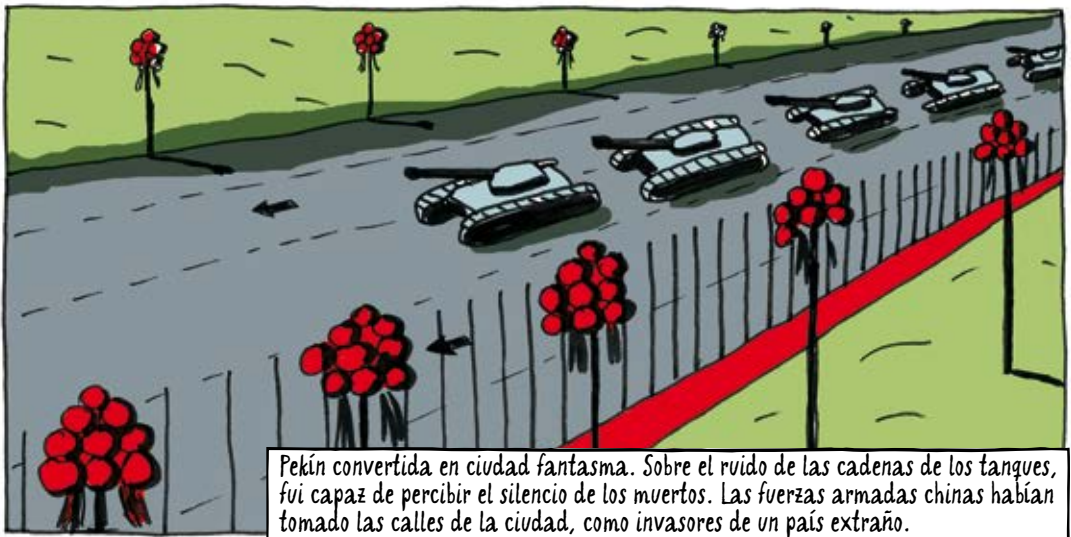


La mañana posterior a la masacre.

El poder estatal controlaba la ciudad.

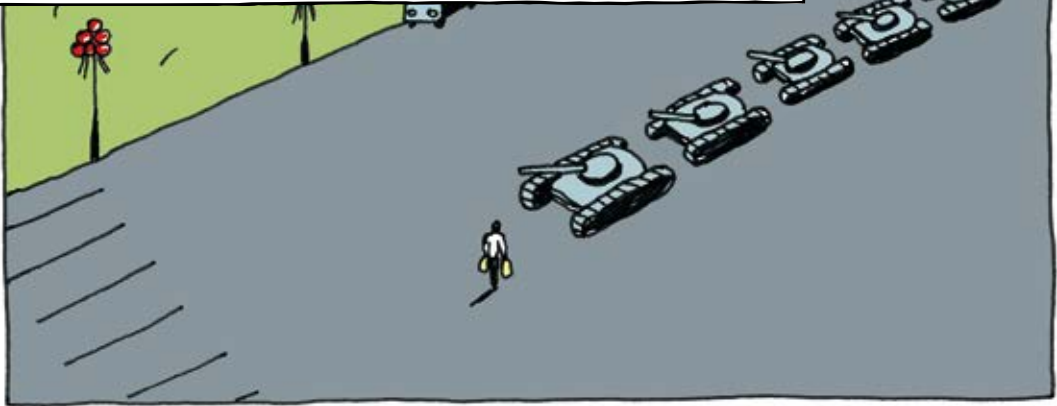


Las calles estaban desiertas, como si la población hubiese desaparecido.



Pekín convertida en ciudad fantasma. Sobre el ruido de las cadenas de los tanques, fui capaz de percibir el silencio de los muertos. Las fuerzas armadas chinas habían tomado las calles de la ciudad, como invasores de un país extraño.

Yo me alojaba en el mismo hotel que la mayoría de los corresponsales extranjeros, situado en una amplia avenida de Pekín por la que los tanques circulaban sin descanso. Y entonces, justo ante mis ojos, tuvo lugar una escena que lo cambió todo. Un hombre se plantó en medio de la calle. Apareció de repente, como surgido de la nada.



No llevaba más que unas bolsas de la compra.



Me dio la impresión de que había perdido el juicio.



Se puso delante de los tanques, impidiéndoles avanzar.



Los tanques maniobraban a uno y otro lado, pero no conseguían continuar la marcha. Para seguir su camino habrían tenido que atropellarlo. Y tal vez lo habrían hecho, si no hubiesen estado frente a nuestro hotel.



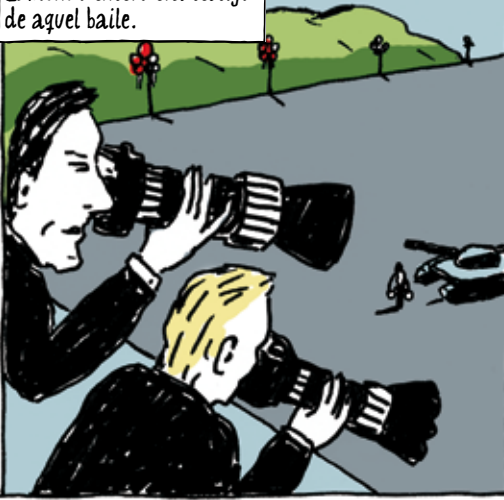
El hombre saltaba a un lado y a otro, para no dejarles pasar. Quería detenerlos.



Un baile enfurecido.



El mundo entero era testigo de aquel baile.



Llamamos a este hombre «Tank Man» y lo convertimos en un héroe.



En un minuto había logrado lo que, antes de él, millones no consiguieron. Con dos bolsas de verduras había vencido al Partido Comunista de la República Popular China.



Y así se convirtió en EL SÍMBOLO DE LA LIBERTAD.



También yo obtuve cierta fama escribiendo sobre él.



Cuando regresé a Nueva York, me felicitaron por mis crónicas sobre el hombre misterioso.





Pero no podía evitar cierto pesar. Los continuos halagos me avergonzaban.



Pues mientras que yo le sacaba provecho a Tank Man, él debía de estar pagando cara su acción en una cámara de tortura china. Y, si estaba en lo cierto, la culpa era nuestra, porque nosotros le habíamos enviado allí con nuestros artículos.



Su figura me perseguía hasta cuando estaba dormido.

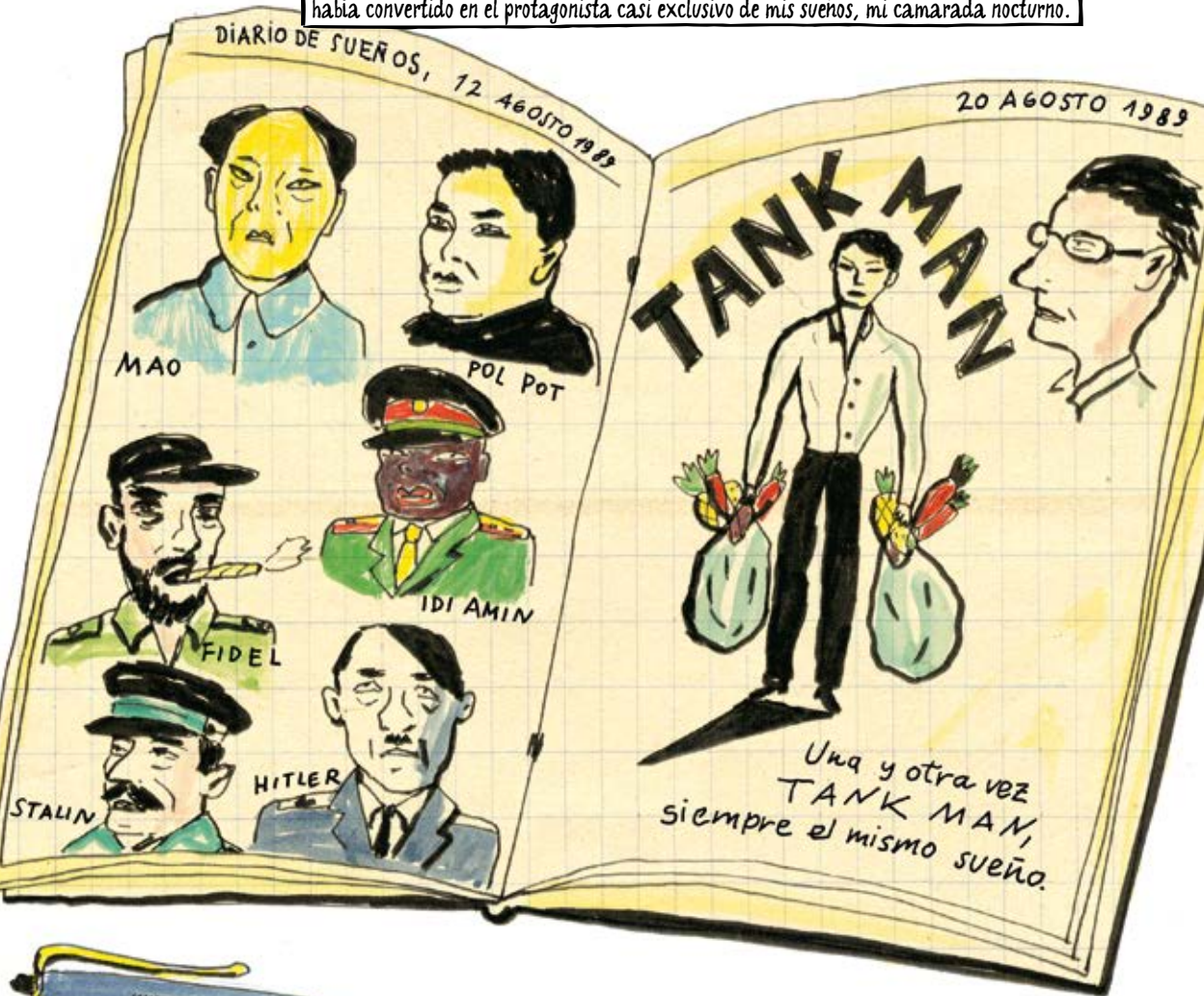


Yo llevaba años tratando de retener cada detalle de mis sueños.



Había creado la crónica de un mundo paralelo.

Registré cientos de encuentros con jefes de Estado, héroes y villanos. Mis libros eran un *¿Quién es quién?* de la Historia mundial. Pero, desde los sucesos de Pekín, Tank Man se había convertido en el protagonista casi exclusivo de mis sueños, mi camarada nocturno.





¡Dámelas!
Yo te las llevo.

¡pero ten cuidado!



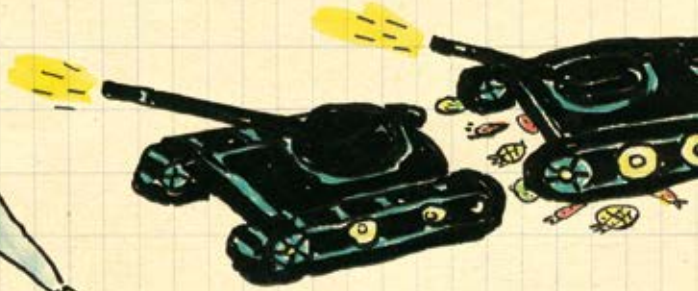
Pienso : Me necesita. Sus bolsas pesan demasiado.



Las asas se rompen y
Las verduras
ruedan ante las
cadenas de los
tanques.
¡Menudo
contratiempo!

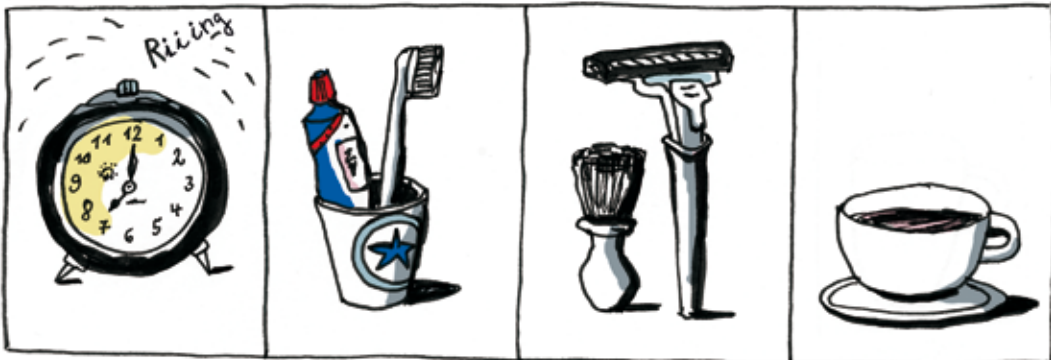


¡Tú, idiota, la has
fastidiado!



Tank Man está terriblemente
Furioso y me agarra del cuello.
Se ha echado a perder la
revolución pacífica en China.
¡y yo soy el CULPABLE!

Si no hubiera existido Tank Man, a nadie en Nueva York le habría importado un bledo que en plena calle se acribillara con armas automáticas a cientos de chinos desarmados.

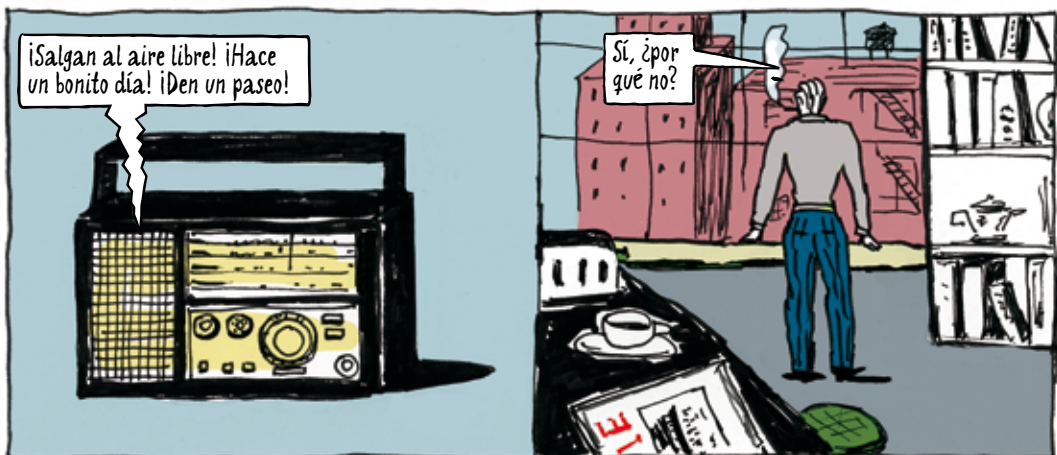


Los héroes eran el ingrediente necesario para que la opinión pública se interesara por lo que de verdad queríamos contar.



¡Salgan al aire libre! ¡Hace un bonito día! ¡Den un paseo!

¿Sí, ¿por qué no?

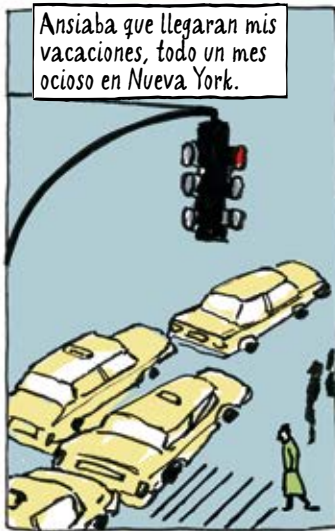




¡Buenos días, Nueva York! ¡He vuelto!



Cómo había extrañado mi ciudad...



Ansiaba que llegaran mis vacaciones, todo un mes ocioso en Nueva York.



Y deseaba estar con Mary.



Pero entonces me encontré con Burnes.

¡Tom!



Raymond Burnes, irresistible mezcla de esclavista y de amigo paternal.



Pero siento curiosidad...



Tom, la cuestión es...

Solía esperar con paciencia el momento justo, para evitar un «no» por respuesta.



Ni lo intentes. Mi respuesta es «no».



¡Estoy de vacaciones! Llevo seis meses seguidos destinado en el extranjero. Y ahora me voy a dar un paseo. Goodbye!



Tom, quiero que vayas a Alemania. Tu avión sale mañana mismo.



¿Eh!? No puedes hacerme eso. Mi apartamento cría moho. Mis vecinos ni me reconocen. Y Mary... ¡olvidálo!

¿Y qué pasa con Mary? ¿Por qué no me devuelve las llamadas?

Yo también lo siento, Tom, pero DEBES viajar a Alemania e informar acerca de la RDA. Nadie en la redacción habla alemán tan bien como tú.





En Washington, después de que los jerarcas de la RDA se hayan mostrado solidarios con los colegas de Pekín, ya se especula sobre una «solución china». No tengo que explicarte lo que eso puede significar...

Vale, quieres mandarme al infierno de nuevo. ¡Basta! Ya estoy harto de regímenes comunistas que disparan sobre su pueblo. No quiero ir a Alemania. ¡ME NIEGO!



Además, después de mi historia de Tank Man, no van a dejarme entrar así como así.

Los sobreestimas, Tom.

¡El país celebra su 40º aniversario!
¡Necesitan publicidad a nivel mundial!
Conseguirte una acreditación para entrar en Berlín Este ha sido un juego de niños.

Burnes ya había resuelto hasta los trámites. Mi última esperanza volaba.



¡Maldito esclavista! ¡Maldito Raymond-me-cago-en-tu-vida-privada-Burnes!

Ya he telefonado a Paul Klippen. Se entusiasmó cuando le conte que ibas para allá.

Traté de resistirme, pero era inútil. Ya estaba todo decidido.



¿Cómo se lo explicaré a Mary de nuevo? Me mandará al infierno.



Tom, ¿cuántas veces nos hemos visto este año? ¿Dos, tres?

¡Maldito Burnes!



¡Maldito, maldito Burnes!